

El asesinato del general Álvaro Obregón: las caras de un imaginario dividido



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

Pedro Castro Martínez*

Resumen

Este trabajo analiza los actores, circunstancias e imaginario político en torno a la muerte del general Álvaro Obregón en 1928, cuando el fenómeno caudillista estaba en declive por la emergencia de nuevas fuerzas y por su pérdida de legitimidad en medio del conflicto entre la Iglesia católica y el Estado. Al lado de las deficientes investigaciones policiacas y de las acusaciones entre los principales actores políticos se construyó un imaginario fragmentado respecto a las distintas autorías intelectuales del magnicidio.

Palabras clave: Caudillo, Calles, Iglesia católica, Morones, Toral

Abstract

This essay analyzes the main actors, circumstances and political imaginary about general Álvaro Obregón's death in 1928. At that time, the *caudillista* phenomenon was in its final phase because the emergence of new political forces, and Obregón's legitimacy was declining in the middle of the conflict between the Catholic Church and the State. All these factors, besides the deficient police investigations and mutual recriminations among the main political actors, collaborated to build a fragmented imaginary around the authorship of his assassination.

Key words: *Caudillo*, Calles, Catholic Church, Morones, Toral

* Profesor-investigador del Departamento de Sociología, Carrera de Ciencia Política, Área de Investigación Procesos Políticos, de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa
pcm@xanum.uam.mx

Introducción

El propósito de este texto es analizar actores, hechos y circunstancias alrededor de la muerte del general Álvaro Obregón en julio de 1928, en la coyuntura del declive del caudillismo y el surgimiento de fuerzas políticas bajo los liderazgos de Plutarco Elías Calles, la Iglesia católica y Luis N. Morones. El edificio construido en torno al sonorenses empezó a agrietarse desde los primeros minutos de su muerte, al liberarse fuerzas antes contenidas por el sistema que él dominaba. Los actores políticos se acusaban mutuamente de ser los autores intelectuales del crimen, y a la hora de las indagaciones pesó más la fabricación dogmática de culpables que la búsqueda y el encuentro de los elementos necesarios para deslindar las responsabilidades judiciales. En otras palabras, el esclarecimiento de los hechos se supeditó a la pesca de ganancias políticas en el río revuelto del magnicidio. Así, los obregonistas acusaron a Morones y por medio de él al presidente Plutarco Elías Calles de preparar el ambiente; a su vez, Morones señaló a la Iglesia católica como la autora de la conspiración tras bambalinas; Calles consideró culpables a los católicos fanáticos; la Iglesia católica, por su parte, se deslindó del asunto y acusó a Concepción Acevedo y de la Llata (Concha) y a José de León Toral, aunque justificando ampliamente el atentado. Otra tesis, sostenida por jefes policiacos, y refrendada años después por el delegado apostólico arzobispo Ruiz y Flores, fue que los moronistas se aliaron a la religiosa Concha y a Toral para liquidar a Obregón.

En torno a esa variedad de hipótesis se construyó un imaginario colectivo que la prensa de la época se encargó de construir y alimentar. La situación política era delicada en extremo, y las principales ideas culposas se manejaban en un rango estrecho: era un crimen de Estado originado desde el interior del mismo, o un asesinato perpetrado por el clero (o por alguna parte de él) a través de agrupaciones e individuos católicos, o un acto cometido por un magnicida solitario llamado José de León Toral, influido por otros. Ninguna línea de investigación

(excepto la última) fue trabajada por la policía hasta sus últimas consecuencias, por falta de voluntad o por incompetencia técnica, y pronto quedó claro que a la mayoría de los actores políticos le convenía el enjuiciamiento de Toral y de Concha para dar fin al episodio. Los intereses eran notorios: los obregonistas y los moronistas querían mantener sus posiciones; Calles aspiraba a ser la figura máxima, sin estorbos; y la Iglesia católica buscaba una salida honorable a su conflicto con el Estado.

Pasada la primera impresión del crimen, vinieron los reacomodos, y el general Álvaro Obregón se convirtió en bustos, nombres de calles y poblados, discursos y sentidos homenajes, en suma, en un recuerdo. Su asesinato no fue aclarado más allá de lo evidente: la ejecución material y una presunta autoría intelectual. Las dudas han permanecido, como es usual en los magnicidios, porque no se aportó ninguna prueba para incriminar a los presuntos autores tras bambalinas. La verdad legal fue que José de León Toral, sugestionado por Concepción Acevedo y de la Llata, fue el único culpable de la muerte del general Obregón. Las declaraciones de los señalados como participantes en la conspiración y ulterior liquidación del Caudillo fueron definitivas para que se diera el resultado final, mientras que el magnicida, por su parte, confesó ser el único responsable del acto que cometió a la vista de todos. Después de un sonado juicio público que llenó las páginas de los periódicos y que hizo de la Plaza de San Jacinto una romería sin igual, pagó con su vida.

Morones contra Obregón

La eliminación física de los candidatos de oposición, los generales Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez, removió los obstáculos más difíciles en la carrera del general Álvaro Obregón a la Presidencia de la República por segunda vez. Con el argumento de que esos jefes encabezaban un levantamiento militar, el gobierno callista desató una rápida y eficaz persecución en su contra eliminando cualquier posibilidad de resistencia futura. Ya sin contrincantes, Obregón quedó dueño y señor del escenario electoral, en el centro de una campaña anodina y ayuna de contenido ideológico, perturbada de tiempo en tiempo por las proclamas incendiarias del dirigente laborista Luis N. Morones.

Este líder tenía en su haber una posición excepcionalmente provechosa en el movimiento obrero, gracias en buena medida a las estrechas relaciones que en otra época mantuvo con Obregón, y luego con el presidente Plutarco Elías Calles. Imposibilitado para ser candidato presidencial debido a que no renunció al puesto

en el gabinete con un año de anticipación, como lo marcaba el texto constitucional, dirigió sus energías a debilitar al candidato oficial, a quien tantos favores debía su organización, la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM). Sus principales competidoras, la Confederación General de Trabajadores (CGT) en el campo sindical y el Partido Cooperatista Nacional (PCN) en el político, no gozaban de posición semejante, y menos cuando estalló la rebelión delahuertista de 1923-1924. Pero al final del régimen del Caudillo, Morones fue señalado como el autor del crimen del senador Francisco Field Jurado, lo que obligó al gobierno a deslindarse de los acontecimientos y evadir así las acusaciones de que solapaba las acciones de sus aliados obreros. El presidente Obregón amonestó con severidad a Morones, causando una ruptura irreparable en su estrecha relación de antaño, pero el líder obrero todavía conservaba su carta más importante: la amistad del general Plutarco Elías Calles, quien lo nombró secretario de Comercio, Industria y Trabajo al asumir la Presidencia en 1924. Años después se sabría públicamente que un día antes de la toma de posesión de Calles ellos firmaron un “pacto secreto”, que establecía, ni más ni menos, la desaparición del ejército regular y la creación de una milicia obrera controlada por la CROM, así como la entrega de la estafeta presidencial a Morones. El general obregonista Antonio Ríos Zertuche afirmaría que cuando el Caudillo “descubrió” tal convenio se resolvió competir de nuevo por la Presidencia, ya que “la Revolución estaba en peligro” por ese compromiso (Ríos Zertuche, 1963a).

Desde su posición como secretario de Industria, Morones aprovechó para ampliar el poder de su organización sindical y desplazar a los obregonistas, excepto en Jalisco, Tamaulipas y Guanajuato, donde sus gobernadores resistieron con éxito. Por otro lado, los diputados y senadores laboristas se opusieron a las reformas a los artículos 82 y 83 de la Constitución, que permitirían la reelección presidencial y la ampliación del periodo del Ejecutivo a seis años.¹

Con la campaña presidencial afloraron las viejas rencillas entre el líder de la CROM y el candidato Álvaro Obregón, pero el presidente Calles obligó al primero a que la convención del Partido Laborista Mexicano (PLM) votase por él en una “magna asamblea”, que comenzó el 31 de agosto de 1927 en el Teatro Esperanza Iris, en la que privaba un ambiente dominado por el antiobregonismo y en favor del general Serrano.² No obstante, al final, el PLM eligió al general Obregón como su candidato a la Presidencia de la República, por unanimidad de sus 1 200 delegados, sin que nadie creyera en la sinceridad de su deferencia de última hora

¹“La candidatura del gral. Serrano”, en *El Universal*, 17 de abril de 1927.

²“Acalorada sesión en la Convención Laborista”, en *El Universal*, 2 de septiembre de 1927.

hacia el Caudillo.³ Pero esta proclama fue acompañada de un detalle que enfureció al obregonismo. Uno de los ejes de la reunión lo constituyó el dictamen elaborado por una comisión de tres miembros –entre los que se encontraban Morones y Lombardo Toledano– que apoyó con reservas al candidato oficial, “como una medida para mantener la unificación revolucionaria, y si por alguna circunstancia esta candidatura no cumple con su principal propósito, la unidad revolucionaria, el comité nacional del Partido Laborista, queda autorizado para anular el acuerdo de la convención” (Treviño, 1974: 63). Como era natural, este anuncio se equiparó a una declaración de guerra de Morones contra el candidato oficial. Los más suspicaces pensaron que, mediante su silencio, Calles buscaba poner distancia del Caudillo, aunque esta posición difícilmente correspondía a las posturas de sumisión presidencial al hombre fuerte de México. Ciertamente o no, las esperanzas de Morones a largo plazo radicaban en el fortalecimiento del callismo –a expensas de Obregón–, con el fin de suceder al presidente cuando concluyera su mandato.

El general Obregón fue objeto de provocaciones del cromismo en varias ocasiones. El 2 de febrero de 1928, en el Teatro Hidalgo, Morones señaló que le heriría en la espalda el día en que Obregón traicionara a las clases trabajadoras. Más adelante, y a dos meses de las elecciones, el líder, todavía en su cargo de secretario de Industria, Comercio y Trabajo, apuntó que los obreros no colaborarían con el nuevo régimen y, de ser necesario, “se irían a las barricadas” (Morones, 1956a). Obregón esperó hasta el 8 de mayo para responder a las alusiones moronistas. Con acrimonia, en Jalapa recordó que:

el grupo de directores del Partido Laborista que radica en la Ciudad de México tuvo a bien acordar reservarse el derecho de rectificar el acuerdo de aquella Convención cuando ellos lo estimaran indicado [...] y se reservaron el derecho de establecer el divorcio de mi candidatura cuando les pareciese conveniente [y, agregó:] Recientemente, uno de los más altos representantes del grupo de directores del Partido Laborista en la Capital de la República, con motivo de la celebración del Día del Trabajo, tuvo una serie de cargos y ataques para la candidatura del que habla, y presagió para el Gobierno que habré de tener el honor de presidir una serie de lacras morales, declarando el propósito de su grupo de directores de no prestar ninguna colaboración al gobierno que suceda al del señor Calles, porque a juicio de ellos no será merecedor de ella.⁴

³ “El Partido Laborista designó candidato a la Presidencia al general Obregón”, en *El Universal*, 3 de septiembre de 1927.

⁴ “Obregón responde a Morones”, en *Excelsior*, 9 de mayo de 1928.

Un acto que contribuyó a que se pensara que el presidente Calles apoyaba a Morones fue cuando varios días después del “discurso de las barricadas” asistió a una comida en la finca de este último, acompañado de varios amigos y funcionarios de su administración. El acontecimiento fue aprovechado por la gente de Morones para difundir que el general Plutarco Elías Calles estaba tras los ataques en contra de Obregón (Romandía, 1956a).

Atentados contra Obregón

El general Obregón tenía muchas historias que contar sobre sus enemigos, entre los que cordialmente figuraban Morones y sus amigos, y también sobre los varios atentados a su vida que sufrió en sus últimos años. En enero de 1926, mientras se dirigía por tren de Los Ángeles a Tucson, un individuo irrumpió en el gabinete de viaje, disparando su pistola varias veces sobre la cama del ex presidente, quien no pudo más que encoger los pies y hacerse ovillo pegado a la cabecera de su lecho, ubicado en la parte superior de la litera que compartía con su ayudante Homobono Márquez. El atacante suponía que, como el general Obregón carecía de un brazo, por fuerza dormiría en la parte de abajo, a donde se dirigieron los disparos, con muy mala suerte porque en ese momento Márquez estaba sentado y alcanzó a detenerlo. El agresor respondía al nombre de J. MacDowell, que ostentaba el cargo de gran caballero de la organización de laicos vinculada a la Iglesia católica, los Caballeros de Colón. Al acudir la policía, Obregón se negó a levantar cargos, y siguió su camino sin preocuparse por el destino de dicho individuo (Robleto, 1935: 226-227). El incidente mostró, ante todo, que la Iglesia católica había logrado crear un ambiente de hostilidad hacia el gobierno “liberal, masón y perseguidor” de México más allá de las fronteras, en donde individuos como MacDowell se prestaban a sacrificar sus vidas para vengar a sus hermanos. Dirigidos tras bambalinas por el arzobispo de Baltimore y primado de Estados Unidos, Miguel J. Curley, los Caballeros de Colón desplegaron un febril activismo para “dar a conocer al pueblo de Estados Unidos la verdad de la cuestión mexicana, tan desfigurada por los cónsules y agentes de Calles, y aun por los grandes diarios vendidos a la masonería y al metodismo” (López Ortega, 1944: 6-7).

Más adelante, en una atmósfera enrarecida por los asesinatos de Serrano y Gómez en 1927, por el conflicto entre Calles y los católicos y por la campaña de los cromistas en su contra, Obregón estuvo cerca de ser víctima de un nuevo ataque. Los ejecutores serían ahora individuos ligados a la Acción Católica, la Sociedad de la “U” (Unión del Espíritu Santo o de Católicos Mexicanos) y

la Liga Defensora de la Libertad Religiosa. El 13 de noviembre de 1927, el general Obregón paseaba en automóvil por el Bosque de Chapultepec en compañía de Arturo Orcí, cuando desde otro coche sus ocupantes le arrojaron una bomba, y después vaciaron sus revólveres, con pésima puntería. La aprehensión de Nahum Lamberto Ruiz, llevada a cabo por los ayudantes del general Obregón, permitió conocer a los otros participantes en el atentado. Herido y sometido a severos interrogatorios, denunció al ingeniero Luis Segura Vilchis, al sacerdote Miguel Agustín Pro Juárez y a su hermano Humberto, y al obrero Juan Tirado. Una vez capturado, Segura asumió toda la responsabilidad y confesó ser autor de continuas remesas de armas y parque para los rebeldes católicos de Jalisco y Zacatecas.⁵ Duraron detenidos diez días y no se les instruyó ningún proceso. El 23 de noviembre se daba la noticia de que los presos serían consignados a los tribunales competentes, pero ese mismo día el inspector general de policía, el general Roberto Cruz, recibía instrucciones del presidente Calles para que fuesen fusilados. A la sorpresa de esta decisión siguió una duda que pronto se convirtió en algo parecido a una certeza: ¿habría quien no pensara que Obregón, el principal agraviado, era el autor intelectual de esos fusilamientos, llevados a cabo en pleno día, en la capital y a unos pasos de la Suprema Corte de Justicia? No. Todo el mundo creía que el ofendido era el más interesado en dar un escarmiento terrible para que en lo sucesivo nadie osara atentar contra su vida.

Después le tocaría el turno a los cromistas. Durante un acto de campaña en abril de 1928, el candidato oficial fue tiroteado desde lo alto de un comité de la CROM de Orizaba. La multitud, incluyendo al valiente caudillo de Sonora, echó a correr en todas direcciones, siguiendo el refrán “adonde fueres haz lo que vieres”. No pasó mucho tiempo antes de que en la misma ciudad se diera otro tiroteo, ahora llevado a cabo por un jefe militar encargado de la plaza, mientras Obregón se encontraba de pie en la parte trasera de un automóvil, flanqueado por Ricardo Topete y Aurelio Manrique. Este último gritó a los atacantes que suspendieran el fuego, que no había enemigo al frente ni era labor de los soldados de la República balacear a quien no atacaba.⁶ El incidente no pasó del susto.

Apenas repuesto del episodio, Obregón volvió a la Ciudad de México y protestó personalmente ante el presidente por los presuntos ataques a su vida efectuados por Morones. Esperando que Calles le respondiera con medidas punitivas inmediatas, recibió como contestación que haría las averiguaciones correspondientes y después se tomaría una determinación. Ante la inutilidad de su esfuerzo,

⁵ “Boletín de la Inspección General de Policía”. El Inspector General de Policía, General de División Roberto Cruz, en *El Universal*, 22 de noviembre de 1927.

⁶ “Una Carta Aclaratoria del Sr. Pablo Meneses”, en *El Universal*, 9 de noviembre de 1950.

y frustrado por lo que consideraba una respuesta ingrata de su paisano, Obregón se dirigió a Cajeme a esperar el resultado de las elecciones del primer domingo de julio. Pero no estaba tranquilo, porque le llegaban noticias de que los jefes de la CROM aseguraban que no llegaría a la Presidencia; cuando las cosas alcanzaron un punto intolerable, resolvió comunicarse con Aarón Sáenz y Fernando Torreblanca para que solicitaran al presidente la destitución de Luis N. Morones como secretario de Industria y del subsecretario de Guerra, el general Miguel N. Piña; además pidió se suspendieran los ataques contra Obregón que propinaba el columnista Luis del Toro en uno de los principales diarios de la Ciudad de México. Acusó a Luis N. Morones de ser el autor de todos los planes que se formulaban para asesinarlo, y al general Piña de haber ayudado con armas y parque al general Celestino Gasca, ex aspirante laborista al gobierno de Guanajuato, para combatir al obregonista, Agustín Arroyo Ch.

El presidente Calles escuchó a los emisarios del Caudillo y les manifestó su disposición de conceder lo que se le pedía, excepto la destitución de su secretario de Industria, porque “no había que dar la campanada al cuarto para las doce”. Así, el general Piña fue cesado en el acto, mientras que a Luis del Toro se le dio el boleto de ida sin regreso a Estados Unidos.⁷ Al conocer los resultados de la entrevista de Sáenz y Torreblanca en su retiro de Náinari, Obregón no quedó satisfecho, ni tampoco al enterarse de la orden del secretario de Guerra, Joaquín Amaro, para que se realizara una concentración militar en San Luis Potosí, sin más motivo aparente que estar alerta frente a cualquier brote rebelde. El Caudillo entendió entonces que el gobierno preparaba un movimiento hacia Sonora, con miras a perjudicarlo. Según José C. Valadés, periodista y acucioso observador de la Revolución Mexicana, la Guerra del Yaqui en curso había sido causada por el mismo Obregón, para obligar al gobierno de Calles a enviar contingentes adicionales a Sonora (entre 15 y 20 000 hombres), con objeto de disponer de ellos en caso de que se pretendiera sacarlo del camino. El presidente prefirió retirar de ese estado de 6 000 a 7 000 soldados y concentrarlos en San Luis Potosí para unas maniobras proyectadas, de tal manera que el gobierno federal dispondría de cerca de 20 000 hombres que, unidos a las fuerzas del general Cedillo, podrían formar un cuerpo de ejército a las órdenes del general Amaro. Preocupados, varios jefes militares acudieron a Obregón, quien les dijo que pensaba que tal concentración no era más que un plan de Calles para evitar su ascenso a la Presidencia. Por lo tanto, no le quedaba más que ir a la Ciudad de México a

⁷ “Plutarco no corresponde a la ayuda que le di en 1923 para llegar a ocupar la Presidencia”, en *La Prensa*, 10 de diciembre de 1935, p. 3.

que el presidente le explicara personalmente la situación, “para aclarar paradas”, e hizo sus maletas para verlo en la capital de la República (Valadés, s.f.).

Cuando el general Obregón, ya presidente electo, emprendió ese viaje, a pesar de las murmuraciones de que Morones no lo dejaría vivo, Bernardo J. Gastelum, Aarón Sáenz y otros obregonistas encargaron a Arturo H. Orcí que hablara con él en nombre del grupo y lo convenciera de que no continuase su viaje a la capital. Orcí lo alcanzó en Nayarit y le externó los temores de sus partidarios de que se preparaba un atentado en su contra (Romadía, 1956a). Esta gestión fue inútil. Obregón aseguró que tenía que llegar al Distrito Federal aunque su vida estuviera en peligro. Ahora pretendía la renuncia no sólo de Morones, sino también del general Joaquín Amaro y del jefe de la policía general Roberto Cruz, por considerarlos sus enemigos, quienes le hacían una labor de obstrucción intolerable.

El domingo 15 de julio el presidente electo llegó a la Ciudad de México, fue recibido por una multitud en la Estación de Colonia. Más de 30 000 individuos lo esperaban en vallas de honor. Ese día y el siguiente fueron de agasajos, en el Parque Asturias y en otros lugares. Hasta el martes 17, a las 12 meridiano, el Caudillo se presentó en Palacio Nacional a plantear la necesidad de solucionar los problemas políticos que en ese momento lo inquietaban. Antes de que concluyera su perorata, Calles lo interrumpió para proponerle que “hablaran largamente” al día siguiente, ya que Obregón debía dirigirse al restaurante La Bombilla al banquete que le ofrecía la diputación del estado de Guanajuato y luego ver al embajador de Estados Unidos. El Caudillo aceptó la propuesta de su interlocutor y se marchó a su casa de Avenida Jalisco 65, para luego trasladarse al que sería su destino final (Alessio Robles, 1950a).

Las conspiraciones se hermanan

Como ya se ha dicho, corrían versiones insistentes de que Morones estaba a la cabeza de una conspiración para acabar con el presidente electo, y debe admitirse que algunos testimonios dan crédito a los rumores que corrían. Soto y Gama recibió varios anónimos en vísperas del asesinato del Caudillo, que anunciaban lo que pasaría. Así, con fecha 19 de mayo de 1928, “un pobre empleado de los ‘F.F. Nacionales’ le comunicó a Soto y Gama que ‘un diputado federal’ (laborista) le propuso contratar a un maquinista que debía conducir el tren especial en que debía viajar el general Obregón para que lo lesionaran unos individuos que deberían viajar con el maquinista y que eran enviados por Morones y Montes de Oca”. Después de asesinar a Obregón seguirían con Manlio Fabio Altamirano,

Aurelio Manrique y “a usted (Soto y Gama) mutilarlo, cortarle a pedazos la lengua y cada una de las partes de su cuerpo; porque se ha portado muy mal con los del Partido Laborista en la Tribuna de la Cámara Popular”.⁸ A los tres días del mismo mes señaló que por órdenes de Morones se encontraban en la “lista negra” los nombres de Obregón y Soto y Gama, entre otros, “pues dice que todos son enemigos del pueblo trabajador y que antes de que Obregón suba hay que acabar con todos porque son enemigos de los pobres y amigos de los ricos”, por lo que miembros de la CROM ya tenían instrucciones para asesinar a los líderes obregonistas.⁹ Finalmente, en la última carta, con matasellos de correo de fecha 27 de junio, se avisaba que hacía como año y medio que se celebraban en la municipalidad de Tlalpan, en uno de los domicilios de Morones,

juntas de carácter privado a las que asiste el señor don Luis Montes de Oca [...] y muy connotados jefes del Partido Laborista Mejicano, para buscar la manera de asesinar al señor general Obregón [...] y a ciertos personajes del obregonismo [...]. Debo hacer de su conocimiento con objeto de que se los comunique a todos ellos, que el golpe va a ser antes o después de las elecciones, esto es, después del primer domingo de julio.¹⁰

Llama la atención la cercanía de estas comunicaciones con la puntualidad que se dieron los acontecimientos, situación que confiere verosimilitud a las acusaciones de que Morones conspiraba para quitarle la existencia al general Obregón. Aquí se abre la posibilidad de una hipótesis que no debe descartarse en definitiva y es que los moronistas sí conspiraban –tenían una amplia experiencia en quitar estorbos humanos de su camino–, pero el magnicida José de León Toral se les adelantó.

Los terroristas católicos del 13 de noviembre, como se indicó antes, eran parte de una confabulación avalada y solapada por miembros del alto clero, a su vez vinculados con la Cristiada y la Liga Defensora de la Libertad Religiosa. Ya habían participado, con pobres resultados, en los ataques a la Cámara de Diputados y al Centro Director Obregonista, a fin de crear un ambiente de incertidumbre y miedo, propicio para actos de mayor alcance. Si bien es claro que miembros de la Liga –entre los que destaca el ingeniero Segura Vilchis– estaban empeñados en

⁸ Luis Montes de Oca fue contralor general de la nación y secretario de Hacienda y Crédito Público (Archivos Plutarco Elías Calles-Fernando Torreblanca (APEC-FT), Fondo Álvaro Obregón, gav. 40, exp. “2342”/182 inv. 633, f. 4.

⁹ *Ibid.*, f. 5.

¹⁰ *Ibid.*, f. 2.

este propósito, también lo estaban los de la “U”. En la Ciudad de México, esta organización secreta se regía por un presidente –cuya identidad nunca fue conocida– y un secretario, el ingeniero Eduardo Zozaya, y tenía como integrantes a Carlos Díez de Sollano, Fernando Amor, Enrique M. Cepeda, Joaquín Navarro, Oswaldo Robles, Eulogio González, Aniceto Ortega y la religiosa Concepción Acevedo y de la Llata –superiora de un convento de la orden de Capuchinas Sacramentarias–, quien servía de intermediaria entre el misterioso presidente de la “U” y los demás socios. Zozaya proveyó de explosivos a los rebeldes en Jalisco, así como a los aprendices del terror en la Cámara de Diputados y en el Centro Director Obregonista. Carlos Díez de Sollano aportaba los fondos para el crimen. Hijo de un hacendado de Guanajuato –siguiendo a Jean Meyer–, fue la excepción entre los de su clase, quienes “jamás estuvieron del lado de los cristeros”. Ayudó activamente al jefe Epifanio Gallegos, a quien proporcionó información, armas y pertrechos (Meyer, 2000: 21). Construyó una red de espionaje, distribución de parque y acción directa en Guanajuato, desde su base en la capital de la República y, desde su punto de vista, la “acción directa” incluía el secuestro y la colocación de bombas, así como la disposición para asesinar a quien consideraban un tirano (González, 2001: 191). Tenía vínculos estrechos con el aguerrido obispo Miguel M. de la Mora y, como correspondía a la política eclesiástica, era parte importante del elemento “civil” tiranicida, que se comunicaba con la mayor discreción con el prelado.

Díez de Sollano fue el creador del plan peregrino y un tanto ingenuo de eliminar tanto a Obregón como a Calles por medio de un veneno, pues bastaba un rasguño con una aguja impregnada de él para causar la muerte, debiendo ejecutarse este acto durante las fiestas de primavera en Celaya, cuando María Elena Manzano bailara con ambos divisionarios. El resto de los implicados eran simples ejecutores. La religiosa Concepción Acevedo y de la Llata congregaba en su conventículo a Carlos Castro Balda, Manuel Trejo Morales, María Elena Manzano, Jorge Gallardo, María Luisa Peña de Altamira, Piedad Rangel, Esperanza Cisneros, Margarita y Leonor Trejo y a otras personas. Entre ellos también se encontraban dos personajes que darían mucho de que hablar: el presbítero José Aurelio Jiménez Palacios y, sobre todo, José de León Toral.¹¹ Belicosa como pocas, la monja era la más activa de los conspiradores, y fue una de las que más influyó en el estado de ánimo de Toral, para quien ella era una especie de ser sobrenatural: “La Madre Conchita estaba sumamente favorecida por Dios. Ejercía influencia sobre mi espíritu. [Viniendo de] esta mujer, que está tan cerca de Dios, debe

¹¹“Una aguja con veneno muy activo”, en *El Universal*, 15 de agosto de 1928.

estar bien pensado”. La monja había dicho, refiriéndose a la desaparición del presidente electo: “Sería bueno ver quién se encarga de eso”, lo que Toral en su momento entendió como un mensaje dirigido a él (Robledo, 1935: 336-337).

José de León Toral era un joven de 24 años, reservado, sugestionable, huraño, artista y profundamente devoto. Según las declaraciones de María Elena Manzano a la policía, Toral era de suyo pacífico, amante de la paz, que predicaba con asiduidad y que tenía como ocupación principal el cumplimiento de sus ejercicios religiosos. Ya en manos de sus captores, se declaró único responsable del atentado contra Obregón, y nadie mejor que él explicó las razones por las cuales el blanco de su agresión fue el presidente electo y no el presidente Calles. Señaló que, aunque las “disposiciones prohibitivas de algunos actos religiosos” eran atribuibles al segundo,

estimó al general Obregón como director intelectual o factor importante en el establecimiento de una situación imposible e intolerable para los católicos [...] como conceptúa un deber ineludible para todo católico de verdad asistir a misa y, por otra parte, consideraba que la niñez y la juventud estaban prácticamente abandonadas, desde el punto de vista religioso, [entonces] pensó que era llegado el momento de emplear procedimientos efectivos para lograr el remedio de la situación, ya fracasado todo medio pacífico empleado para aquel fin, entre ellos, y muy principalmente, la petición suscrita por miles de firmas, que se dirigió al Congreso de la Unión, el cual no tomó aquella en consideración.¹²

Justificó el recurso de las armas de los cristeros, aunque era evidente para él que la rebelión más bien era un fracaso, de ahí que la situación sólo se remediaría “sobre la base de que muriera el general Obregón”, idea que fue elaborada o reforzada por la religiosa Concha. Renuente en un principio a cometer el crimen, de acuerdo con su versión, leyó repetidamente el pasaje bíblico de Judith y Holofernes, así como las versiones de los “grandes Doctores de la Iglesia”, referentes a que era lícito privar de la vida al que perseguía a la religión, cuando se cumplían determinados requisitos, que él identificó en el caso (ilegitimidad de poder en el autor de la persecución religiosa, falta de superior a quien recurrir, deseo o voluntad general y probabilidades de que no resultase un mal mayor). Vacilante ante la suerte probable que correrían sus familiares, “le animó la confianza en Dios, y pensó en que, si se estima ridículo pensar en la familia, por ejemplo cuando se

¹² “Declaraciones de José de León Toral en la Inspección General de Policía”, AGN, *Fondo Reservado Caso Toral*, tomo II, fs. 82-84.

trata de la Patria invadida por el extranjero, con mayor razón cuando van de por medio Dios y la Iglesia”. Meditó el “no matarás” de la ley de Moisés, y llegó a la conclusión de que si estaba permitido quitarle la vida a un semejante para poner a salvo la propia existencia, el honor y los intereses, lo estaba aún más hacerlo en pro de la salvación de muchas almas. Por último dedujo que no violaba el quinto mandamiento, porque para que el homicidio constituyera pecado mortal era preciso que existiera “materia grave”, que no encontró por ningún lado. Todos estos argumentos lo llevaron a decidirse a matar a Obregón y, ya con el ánimo tranquilo y la falta de obstáculos imposibles de superar, “lo hicieron pensar que tal era la voluntad de Dios”. Antes de consumar el asesinato se confesó y comulgó, y, siguiendo a Judith, quien guardó el secreto de lo que iba a hacer, encargando a los ancianos que la encomendasen a Dios antes de matar a Holofernes, mantuvo para sí sus planes homicidas. Casualmente, su confesor fue el sacerdote José A. Jiménez, íntimo de Toral, que también ejercía una gran influencia sobre él, “benedicidor” de la pistola homicida, quien le procuró alojamiento cuando realizaba sus preparativos y uno de los últimos en verlo antes del atentado.¹³ Toral, este hombre insignificante, y que se decía que no mataba ni a una mosca, pasó de ser el eslabón más débil de la trama terrorista que buscó ultimar a Obregón, al magnicida que vació su revólver por la espalda al Caudillo, lo que desencadenó una serie de consecuencias sorprendentes e inesperadas.

La figura del sacerdote Jiménez fue algo misteriosa. Daba clases en algún colegio católico y decía misas en los cerros del Estado de México, a las que asistían los cristeros y en las que Toral figuró en calidad de ayudante en los oficios religiosos. Seguro de que sería uno de los primeros capturados, al igual que Díez de Sollano –que huyó a Estados Unidos–, puso pies en polvorosa en cuanto se enteró del éxito del atentado contra Obregón. Se le perdió la pista, pero cinco años después fue detenido, al igual que Manuel Trejo Morales –quien dio la pistola a Toral– (Robleto, 1935: 353). Inclinado hacia el delito, en prisión auspició la fuga del falsificador Enrico Sampietro, con la complicidad de los celadores de la penitenciaría del Distrito Federal, a quienes sus amistades habían colocado para auxiliar al sacerdote y a otros reclusos, organizados a su vez en grupos con nombres emblemáticos, como La Causa de la Fe o la Defensa Religiosa. Jiménez aprendió el oficio de falsificador con Sampietro, y ya en libertad le hizo la competencia (Quiroz y Máñez, 1965: 122).

Los dirigentes de la Liga Defensora de la Libertad Religiosa y la Sociedad de la “U” encontraron en Obregón y no en Calles el objeto de su acción “tiranicida”, a quien consideraban el verdadero peligro, ya que el presidente vuelto al poder

¹³ *Ibid.*

tenía una trayectoria anticlerical presente en una memoria de venganza. En realidad, el anticlericalismo de Obregón no tenía los alcances del de Calles, para quien la religión católica y su Iglesia eran los causantes del atraso secular del país, por lo que era necesario si no liquidarlos, sí acotarlos y ponerlos bajo la jurisdicción del poder civil. Obregón no compartía del todo la hostilidad que Calles ejercía contra la Iglesia, pero no contradecía las políticas del presidente, y de tiempo en tiempo hacía declaraciones que reprobaban las actividades católicas en contra del gobierno. Sin embargo, en privado y con los suyos, sostenía opiniones diferentes (Robleto, 1935: 299).

A familiares y allegados llegó a comentar que al asumir la Presidencia se escucharían las campanadas de las iglesias porque resolvería el espinoso asunto del conflicto del Estado con la Iglesia de la mejor manera. Político astuto al fin, no deseaba cargar con un delicado problema creado por su antecesor, por lo que buscó, con toda discreción, arreglarlo o al menos realizar tareas de mediación con otros políticos hábiles y duros: los prelados católicos. De este modo, envió en secreto al licenciado Eduardo Mestre Ghigliazza a San Antonio para buscar el acercamiento con los clérigos de alto rango que allá estaban exiliados, mientras que el ingeniero Pani tuvo pláticas con monseñor Miguel M. de la Mora, único obispo residente en México, tendientes al mismo fin (Correa, 1956).

Los tiranicidas y en general los católicos desconocían estas actitudes de Obregón y, quienes las conocieron, no les dieron mayor valor. El 30 de julio Toral dijo: "He sabido cosas que entonces no sabía, como era la de que el General Obregón estaba en vías de arreglar la cuestión religiosa; pero lo supe tarde. Entonces no podía saberlo, porque como yo no lo conocía, no lo trataba, y por eso ignoraba" (Robleto, 1935: 360). En otro momento, sin embargo, dijo que si hubiera sabido que el general Obregón iba a terminar con el conflicto religioso, entonces no lo hubiera matado, pero de cualquier manera el ambiente "me lo aconsejaba [...] Y prueba de que el pueblo, que es la voz de Dios, estaba en lo justo, es que cuando la muerte del general Obregón, no un asesinato, sino una ejecución, en la calle la gente se abrazaba llorando y decía: 'Murió el tirano, bendito sea Dios'" (Zabludovsky, 1973: 50-51).

La tesis obregonista

Al caer asesinado el general Obregón, el presidente Calles corrió a la Inspección General de Policía, tuvo una breve entrevista con Toral y ordenó que el general Roberto Cruz fuera sustituido de inmediato por el general obregonista Antonio

Ríos Zertuche, con el fin de que realizara las investigaciones “con toda imparcialidad”. Este nombramiento fue un acierto en el sentido de que logró calmar de momento a los seguidores del Caudillo, que dirigían su furia directamente hacia Morones e indirectamente contra Calles. Sin embargo, en términos policiales no fue tan bueno, ya que Ríos Zertuche se dedicó a buscar bálsamos para su adolorido grupo más que a indagar la verdad de los acontecimientos. La sospecha de un crimen ordenado en Palacio Nacional surgió desde el primer minuto, por lo que Morones, Celestino Gasca y Eduardo Moneda renunciaron a sus puestos en el gobierno, ya que “algunos enemigos de la Confederación Regional Obrera Mexicana y del Partido Laborista Mexicano [...] se han atrevido a señalar la presencia nuestra en los puestos públicos [...] como un obstáculo para el esclarecimiento de la responsabilidad del homicidio mencionado o como un obstáculo para el mantenimiento de la unidad revolucionaria” (Morones, 1956d).

Este reacomodo bajaría en algún grado las tensiones, pero no acabaría con ellas, y de eso se encargaría Soto y Gama. En una entrevista al diario estadounidense *The World*, éste sentenció: “No hay hombre, mujer o niño en México que crea los cargos oficiales de que el clero católico inspiró el asesinato del presidente electo Obregón. El clero se dirigió al Gral. Obregón para arreglar la cuestión religiosa. *El autor intelectual del asesinato del Gral. Obregón fue Luis N. Morones*”. Lo acusó de anunciar su asesinato, de afirmar que Obregón nunca tomaría posesión del puesto, de propiciar un ambiente de odio hacia el candidato. Soto y Gama y Manrique organizaron una manifestación relámpago, en la que espectacularmente denunciaron a Morones como el asesino, que debía ser eliminado de la vida pública o de otra manera recaería la responsabilidad del magnicidio en el presidente Calles. Ante un grupo de delegados de las organizaciones obregonistas, Soto y Gama afirmó: “Nosotros estamos por la paz, pero por una paz basada en la justicia”, y demandó la eliminación de todos los líderes laboristas del gobierno, la integración de la nueva legislatura por obregonistas y el nombramiento de un presidente provisional de esta filiación.¹⁴ Agregó un argumento –llamémosle psicológico–, que estuvo en la raíz de las incriminaciones en contra de Morones y los suyos:

Nosotros no confundimos la verdad judicial con la verdad psicológica y consideramos al líder principal y a los directores del Partido Laborista Mexicano como los autores psicológicos del crimen, puesto que ellos, maquiavélicamente, con una perfidia y una tenacidad infames, *prepararon el ambiente psicológico que hizo brotar al criminal*. Ellos

¹⁴ “Mexico looks to Gama, head of agrarians”, en *The World*, 5 de agosto de 1928.

prepararon el almácigo de fanáticos dispuestos a ir al crimen y de ese almácigo brotó el asesino, cuya mano fue armada por los que prepararon psicológicamente su mano (Castro, 2002: 80).

Y puesto que la responsabilidad atribuida a Morones se dirigía en última instancia a Calles, a quien la voz popular señalaba como el principal autor intelectual de la eliminación de don Álvaro, Soto y Gama acusó al presidente de ser cómplice del asesinato (Portes Gil, 1941: 30-31).

El inspector general de Policía, Ríos Zertuche, muchos años después de los acontecimientos, hizo públicos ciertos aspectos de su desempeño en los cuales la imparcialidad del presidente Calles quedaba en entredicho. Relató que “con el resultado de todos los esfuerzos de la policía”, le dio cuenta de que Morones “y sus satélites aparecían inodados [*sic*]”; “esa misma convicción” privaba en el Ejército y en todos los sectores obregonistas y “los datos que recibía a través de las investigaciones, confirmaban esta impresión *que con intuitiva oportunidad*, desde un principio, habíamos abrigado todos los obregonistas”. El improvisado jefe policiaco fue más allá, al ordenar a sus ayudantes Valente Quintana y Pablo Meneses que vigilaran la residencia de Morones, “donde ya era sabido que había numerosos elementos cromistas armados y pertrechados, casi en pie de guerra”. Convencido de esto, Ríos Zertuche dispuso alistar una compañía de policías para aprehender a Morones y los suyos. Cuando Calles se enteró del plan le preguntó sus razones, a lo que respondió cándidamente que seguía “la opinión de gran número de jurisconsultos obregonistas y no obregonistas” y que, por tal motivo, “en cumplimiento de mis atribuciones, había dado dicha orden”. Calles no daba crédito a lo que oía, y lo corrigió señalando que el crimen era de origen religioso y que las investigaciones debían encaminarse en este sentido. Apenas conteniendo su ira, reprobó las medidas que estaban a un punto de tomarse, ya que

la aprehensión de un miembro de su gabinete haría caer responsabilidades sobre su gobierno y sobre él mismo, y seguramente la intención de llevar adelante aquellas aprehensiones ocasionaría un tremendo derramamiento de sangre y un choque con millares de obreros que seguían fieles y firmes al lado de la CROM y de Morones, por lo que dadas las simpatías por el general Obregón, tendríamos que lamentar una grave escisión entre las clases obreras y el Instituto Armado del país, lo cual sería de terribles consecuencias, en los momentos en que su Gobierno estaba empeñado en una cruenta lucha contra los cristeros levantados en varios estados de la República (Ríos Zertuche, 1963b).

Como Ríos Zertuche insistió en que los culpables del asesinato de Obregón eran Morones y sus socios, pidió que se le relevara de la comisión, a lo que Calles contestó que de momento tal cosa era imposible y debía seguir con las investigaciones hasta terminarlas, y lo “autorizaba para que fusilara yo [*sic*] a Toral en el momento en que lo considerara indicado”, cosa que Ríos Zertuche se rehusó a hacer. Le indicó que las declaraciones ante la prensa las revisaría personalmente antes de su entrega, pero no pasó mucho antes de que Fernando Torreblanca, secretario particular del presidente, pusiera en su mano el texto oficial. Éste, de acuerdo con Ríos Zertuche, “no se apegaba a la verdad, ya que arrojaba toda la responsabilidad al clero y a los católicos, sin que se mencionara a Morones y a los dirigentes cromistas”. De nada le sirvió al inspector de policía insistir en que no dieran a conocerse las declaraciones públicamente, pues “el general Calles, en forma seca y terminante, me ordenó que entregara el pliego y sus copias a los periodistas”, por lo que el subordinado ya no tuvo alternativa. “Numerosos obregonistas fueron a reclamarme el haberlas hecho” –se quejó Ríos Zertuche–. Según él, a los pocos días estuvo a punto de ser objeto de un ataque, y su cuarto en el Hotel Regis fue registrado por desconocidos, que sustrajeron “los papeles que guardaba y que se referían a la responsabilidad de Morones en el crimen de La Bombilla” (Ríos Zertuche, 1963b). La pregunta inevitable es: ¿qué hacían documentos oficiales en un cuarto de hotel, cuantimás en las difíciles condiciones a las que aludía el improvisado policía?

Ríos Zertuche hablaba desde su corazón obregonista, apoyado en las investigaciones de Valente Quintana y Pablo Meneses. Resulta que una de las detenidas, María Elena Manzano –la de la aguja de Celaya–, dijo haber identificado entre unas fotografías que le fueron mostradas “a un hombre gordo” que iba con frecuencia al convento de Concha Acevedo. Según dichos policías, se trataba de Samuel Yúdico, “que no era un católico ferviente y que sus visitas al convento no eran para oír las horas santas, sino cumpliendo la comisión que le diera el grupo Acción, creado por Morones” (Quintana, 1956). El único problema con esta declaración es que Yúdico, al momento del atentado contra Obregón, hacía un buen rato que ya no estaba en el mundo de los vivos.

Al salir esta información de las oficinas policiacas se elaboraron versiones populares y periodísticas que daban forma a una monumental y genial conspiración en la que en la cúspide se encontraban los dirigentes del Estado. Típico de este sensacionalismo fue la presunta vinculación de Toral y Concha con otros políticos ligados al presidente Calles:

Por el año en que dio principio la persecución religiosa, se advertía gran movimiento en cierta casa de las calles de Zaragoza, donde habitaba [...] la señorita Acevedo y

de la Llata. Continuamente se veían carruajes detenidos a la puerta de dicha casa, y el vecindario observaba, asimismo, cómo entraban y salían algunas personas entre ellas un señor de apellido Bandala y quien por aquel entonces era jefe de la policía confidencial de la Presidencia de la República; Luis L. León, que también ocupó altos puestos en la administración del general Calles y Samuel Yúdice, posteriormente diputado al Congreso de la Unión y algunos otros políticos de menor importancia que los anteriores.¹⁵

Corrieron rumores sobre más personas allegadas a Concepción Acevedo, como Esteban Baca Calderón. Una de las tesis más difíciles de creer fue la sostenida por un tercer jefe policiaco, de apellido Flores-Sánchez, consistente en que Morones tenía tratos inmorales con Concha Acevedo. Ellos habrían sido presentados años atrás en Tlalnepantla por la señora Adela Recamier, conocida en el mundo galante como la *Llaya*, que tenía a Amanda y Margarita por hermanas. Esta última, la menor de las tres, según el policía, fue una de las esposas de Morones. Las dos hermanas mayores, la *Llaya* y Amanda,

fueron muy conocidas en la época de las grandes bacanales que hacía el señor Morones en su casa de placer en Tlalpan [...]. De las investigaciones que se practicaron y del mismo dicho de las Recamier se obtuvo el dato de que la señora Concepción de la Llata es hermana de madre de las precitadas hermanas Recamier y que la presentación que se hizo la aprovechó el señor Morones para convertirla en su cómplice para efectuar los atentados que se llevaron a cabo para el asesinato del general Obregón (Flores-Sánchez, 1956).

Desafiando toda lógica, un capítulo de la historia de México habría comenzado, entonces, en el tálamo de amores ilícitos, aunque los hechos se mostraban reacios a avalar semejantes aseveraciones. De entrada, es difícil entender una alianza de esta naturaleza, con el patrocinio de la Iglesia católica mexicana del patriarca Pérez y el artefacto explosivo en la Basílica de Guadalupe, ya que Morones había demostrado con creces su hostilidad hacia la Iglesia, amén de sus constantes expresiones en contra del clero y los católicos.

Muchos años después, esta última hipótesis tomaría nuevos bríos, cuando el delegado apostólico Leopoldo Ruiz y Flores culpó a políticos y generales de la autoría intelectual del asesinato de Obregón, señalando en diciembre de 1931 al periódico *El Mundo* de Tampico que él vio jefes militares en la casa de la monja Concha, y que fueron ellos los que la tomaron como mediadora para conseguirles

¹⁵ “Toral mató a Obregón bajo la influencia de Morones”, en *La Prensa*, 30 de marzo de 1937.

al asesino Toral para el propósito consabido. Conocidas tales declaraciones por la ex religiosa, escribió desde las Islas Marías una primera carta en la que desmintió las afirmaciones de “Su Señoría Ilustrísima”. En una segunda, más fuerte, Concha dijo que ahora pensaba que “tal vez sí existe ese alguien y por desgracia no sé yo quién sea”, en alusión a otras personas involucradas directamente en el atentado, y más adelante señaló creer que “entre los señores sacerdotes y los señores generales existen caracteres decididos, *capaces de cualquier cosa*”. Al final se declaró decepcionada de que el tema siguiera abierto y ella atacada, cuando el asunto ya era cosa juzgada y sufría “con tranquilidad y serenamente” las consecuencias. Sostuvo que “ya había cambiado de parecer”, por lo que “hablaría” (León, 1987: 368-369). Pero no hizo más que refutar la acusación principal de Ruiz y Flores, mostrándose como víctima de las circunstancias y asumiendo la parte que le correspondía, de acuerdo con lo conocido en el juicio de San Ángel. Desde luego, ni antes ni entonces ni después aludió al misterioso personaje del “cuarto de junto” –mencionado por María Elena Manzano ante la policía– que escuchaba las deliberaciones de los conspiradores, a quien Concha consultaba y que decía la última palabra. Se trataba de un hombre blanco y delgado, de la condición eclesiástica, que igual no fue denunciado o no fue reconocido por las razones apuntadas. Nunca se supo quién fue este misterioso personaje, aunque una indagación debe empezar por el obispo Miguel M. de la Mora, quien no descansaba ni de día ni de noche en su lucha contra el gobierno.

Los castigos a los culpables

El triángulo de delinquentes políticos Toral-Jiménez-Acevedo fue de carácter atávico, en un ambiente de fuertes tensiones psicológicas colectivas. Después del juicio de San Ángel, que arrojó la pena de muerte para José de León Toral y las de prisión para Concepción Acevedo de la Llata –señalada como autora intelectual del magnicidio–, Carlos Castro Balda y el sacerdote Jiménez Palacios, así como castigos menores para otros, concluyó el proceso que mantuvo la atención general durante meses. Las pruebas apuntaron a Toral como autor material bajo el influjo irresistible de Concepción Acevedo de la Llata. Poseído de un fervor religioso rayano en la locura, y afectado profundamente por las muertes de sus amigos Humberto Pro y Luis Segura Vilchis, se creyó el santo que salvaría a su religión de los ataques del demonio. El dictamen forense arrojó que era “un hombre mentalmente sano, muy independiente y hermético como corresponde a las personas esquizoides” (Quiroz y Máynez, 1965: 112). Para muchos Toral no fue

un asesino, sino un héroe que hablaba por una sociedad católica y su Iglesia, un mártir religioso digno de un lugar en el cielo. Su sepelio fue apoteótico: desde que el cadáver llegó al domicilio de sus padres, donde fue velado, la policía se vio en apuros para contener a la muchedumbre, que lo acompañó hasta el cementerio, ya invadido con anticipación a la llegada del cuerpo. Durante mucho tiempo el sepulcro de Toral ostentó ofrendas, imágenes religiosas, exvotos y peticiones de católicos para que intercediera por ellos ante la divinidad, aunque con el paso de los años fue olvidado.

En fecha tardía el clero se deslindó del atentado en contra de Obregón, pero en alguna parte estaba su responsabilidad en los acontecimientos. Miguel Palomar y Vizcarra, uno de los dirigentes de la Liga, reconoció que para los católicos el problema de la "licitud o ilicitud del tiranicidio era tremendo, así que comenzaron a hacerse estudios sobre el particular. Hubo quien especialmente hiciera un trabajo que mereció las aprobaciones del ilustre obispo mexicano don Jesús de Jesús Manríquez y Zárate" (Wilkie y Monzón, 1969: 454). Y fue precisamente uno de los preladados más activos y conflictivos, el obispo Miguel M. de la Mora quien, "en representación del Subcomité Episcopal", dio a conocer el 6 de agosto de 1928 su postura ante los sucesos. Las declaraciones de De la Mora son importantes tanto por lo que dice como por lo que omite, por sus evasivas, por su afán de justificar el crimen, y por la descalificación oportunista que hace de Toral y de Concepción Acevedo. Sostiene que los obispos y sacerdotes no sólo fueron ajenos al "penoso acontecimiento [...] sino que lo hubieran evitado si hubiésemos tenido conocimiento de él y hubiese estado en nuestras manos [*sic*]. Todos ignorábamos que se tramaba el homicidio, y todos lamentamos los trastornos que está causando en estos momentos a que urge hacer labor de concordia y paz. ¿Dónde está, pues, la responsabilidad del clero católico?" Llamó a Toral y a Concepción "pobrecitos exaltados que han llevado su exaltación [*sic*] hasta dar muerte violenta a un prominente personaje político". Y pregunta: "¿Y es esto raro sobre todo en personas entregadas enteramente a prácticas devotas, dada la difícil y penosísima situación que sufre el pueblo católico hace dos años?" Rematando: "la historia testifica de estos fenómenos que han tenido lugar en todas las épocas de intensos dolores populares". Tal es el caso de Toral "con su carácter huraño, reservado, hipocondríaco y sugestionable" – y la religiosa Concepción Acevedo de la Llata – "cuyo cerebro no es normal y que en su familia por desgracia hay algunos enajenados mentales" –.¹⁶ A diferencia de la monja Concha, que no hizo ningún

¹⁶ "El clero católico no es responsable del asesinato del general Álvaro Obregón". Comunicado del doctor Don Miguel de la Mora en representación del Subcomité Episcopal, 5 de agosto de 1928, publicado al día siguiente en *El Universal*.

comentario, Toral sí se sintió afectado por tal declaración: ¿No era en servicio de Dios que había empuñado la pistola que ultimó a Obregón? ¿Desconocían (o no) su propósito los sacerdotes católicos, con quien se sentía identificado?

El obispo Miguel de la Mora no era precisamente pacífico, sino un soldado en permanente pie de guerra. Como se dijo anteriormente, fue el único que quedaba en la Ciudad de México, después de la expulsión de los demás, que residían en San Antonio, Texas. Partidario ardiente de la lucha armada, contrastaba en sus posturas con las de otros prelados, sobre todo con la del jesuita monseñor Pascual Díaz –en su momento arzobispo primado de México–, quien se opuso a la violencia como medio para resolver los problemas con el gobierno, y a quien el tiempo le dio la razón.¹⁷ De la Mora, individuo de una energía extraordinaria, se las ingenió para no caer en manos de la policía, que lo perseguía pero no lo capturaba. Así, el 12 de marzo de 1927 escapó del jefe de las comisiones de seguridad, José Mascorro, cuando se dirigía a su casa de Plaza de Río de Janeiro “en busca de armas, parque y documentos sediciosos”. Se trasladó a la casa de la señora Refugio Goríbar de Cortina, donde pudo refugiarse durante ocho meses (Correa, 1953: 203 y 205). Partidario ferviente de la lucha armada, fue denunciado por el ingeniero Luis de la Rosa, dirigente de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) de la capital potosina, como uno de los responsables de un plan de sublevación que abarcaría a San Luis y varios estados aledaños, en el marco de los alzamientos cristeros. De la Rosa acusó también a sacerdotes y a los arzobispos de Guadalajara y Nuevo León, así como a los prelados residentes en San Antonio, Texas (cit. en Morones, 1956b). Eduardo J. Correa relata que después de la muerte de Toral se entrevistó con el mencionado obispo, quien abrigaba la esperanza de que “los defensores de la libertad religiosa contarán con un ejército de treinta mil hombres” equipados y que tomarían Guadalajara (Correa, 1953: 210).

Luis N. Morones, a la defensiva muchos años después por las acusaciones que le hizo el obregonista Alfonso Romandía, dijo que el retrato que sirvió para identificar a Toral fue uno del Grupo Acción de la Liga de Defensa Religiosa, “en la cual aparecía el Jefe nato del movimiento armado contra el gobierno, ‘Silvio Pellico’, o sea el extinto obispo de San Luis, don Miguel de la Mora” quien seleccionó en la ACJM a los jóvenes que habrían de convertirse en dinamiteros y asesinos por mandato expreso del alto clero”. Entre los que se encontraban sonrientes al lado del obispo figuraban el ingeniero Luis Segura Vilchis, Humberto y Roberto Pro Juárez, José de León Toral, Daniel Flores y otros más cuya identidad no se

¹⁷ “Las revelaciones del secretario particular de mons. Pascual Díaz han causado gran sensación”, en *El Universal*, 16 de mayo de 1936.

logró saber porque jamás fueron capturados (Morones, 1956e). Asimismo, mencionó que cuando se descubrió el archivo de la Liga, se tuvo conocimiento de personas que se hacían pasar por liberales y que a la postre resultaron en connivencia con aquélla, y que fue por esta “repugnante promiscuidad” de elementos seudoliberales, altos funcionarios policiacos y los directores de la Liga que resultó tan difícil aprehender al obispo de la Mora, pues los policías llegaban invariablemente minutos después de que el alto prelado había abandonado su escondite. Señaló al licenciado Benito Guerra Leal, secretario general de la Inspección de Policía, como quien tuvo en sus manos al prelado, a quien liberó de inmediato, sin hacerlo del conocimiento del general Roberto Cruz, a cambio de 16 000 pesos en oro nacional, junto con su anillo pastoral y una cruz del mismo metal (Morones, 1956c). Guerra Leal negaría las afirmaciones de Morones, pero nunca se supo la verdad, si bien queda la duda de por qué un individuo con las características de De la Mora nunca fue castigado por sus actividades subversivas.

Palabras finales

La muerte física de Obregón fue la culminación inopinada de un proceso de deterioro del último fenómeno caudillista de la época contemporánea de México. Como se ha evidenciado en este trabajo, las pretensiones de Obregón de volver al poder chocaron con varias fuerzas en forma simultánea y, haciendo poco honor a su afamado genio estratégico, estorbaron en gran medida su camino de regreso. Plutarco Elías Calles y su grupo cultivaban la oportunidad no sólo de permanecer activos en la cumbre del poder, sino también prolongarlo en los años siguientes. Aunque Calles se mostró disciplinado a su antiguo jefe, y dio menos muestras de las deseables de querer independizarse de su tutela e influencia, una nueva Presidencia de Obregón lo perjudicaba al tener que revertir él mismo los avances realizados para mantenerse al mando del timón político. Luis N. Morones, por su parte, abrigaba sus propias esperanzas de ser miembro privilegiado de la camarilla de Calles con miras a sucederlo en un futuro no lejano, aprovechando su posición en el movimiento obrero. Ciertamente no actuó con la mayor inteligencia en la búsqueda de este objetivo, sino que más bien expuso su juego de una manera abierta e imprudente, dando a entender que era, ni más ni menos, un homicida potencial. A la luz de los acontecimientos que siguieron a la desaparición del general Obregón, Morones en realidad exageraba su papel, y la mejor prueba de su sobrevaloración es que, con todo y ser cabeza del movimiento obrero, con los años fue descendiendo en importancia hasta convertirse en líder de una organización más, en franca decadencia, *su* CROM.

El conflicto religioso no fue sólo un problema militar en los Altos de Jalisco, el Bajío y otras zonas del centro del país, sino también un golpe a la legitimidad del Estado revolucionario, que durante años logró mantener más o menos serenos los ánimos en torno al estatuto religioso establecido por la Constitución de 1917. La Iglesia católica y sus fieles más temerarios se propusieron hacer la guerra al gobierno, que a su vez los hacía objeto de “persecuciones”, término que buscaba equiparar la situación con los ataques seculares a los cristianos de otras épocas y lugares, lo que atraía, como es natural, simpatías adentro y allende las fronteras de México. Los católicos constituyeron un frente declaradamente defensivo, pero la Iglesia no debía conformarse con que cesasen las persecuciones, sino que buscaba anular los contenidos que juzgaba desfavorables a sus intereses, presentes en la Constitución de 1917 y la legislación secundaria. Al llegar los “arreglos” con el gobierno de Portes Gil en 1929 no todos los preladados y fieles católicos los vieron con buenos ojos, a pesar de su contenido liberal que les permitía volver a la situación anterior al gobierno de Calles. Pero los alzados de Cristo Rey –azudados por la Iglesia católica– y sus camaradas –la Liga de la Defensa de la Libertad Religiosa y otras organizaciones aliadas– representaron un serio reto para el gobierno. En 1927, las circunstancias no eran las de los años anteriores, cuando los desafíos provenían de personajes y grupos de la misma familia revolucionaria. Los católicos no aceptaban a Calles ni a Obregón, y de pasada puso en cuestión a la hegemonía revolucionaria en su conjunto, y continuó su tarea de consolidar una organización política compuesta por grupos, movimientos y partidos que desempeñarían su papel de ariete en el futuro. Por otra parte, la reelección de Álvaro Obregón no suscitó –más allá de Serrano y Gómez– ninguna medida que se opusiera a la defensa del principio que se había originado y fortalecido en el movimiento revolucionario. La vuelta al poder de Obregón en sí misma no era la que preocupaba a la Iglesia y a los católicos, sino la continuación de una política que les era desfavorable. Más que castigar a Calles les preocupaba su futuro. Se trataba de impedir que su sucesor continuara con posturas similares.

En este río revuelto, las fuerzas en movimiento, que actuaban desde la sombra o de manera abierta, liberadas de las ataduras de otros momentos, se conjugaron para demoler el edificio del caudillismo, y fue el magnicidio de Toral el que dio principio a una nueva época, al desaparecer repentinamente a su titular. Ahora no habría más caudillos, sino un “Jefe Máximo”, en la persona del ex presidente Plutarco Elías Calles, quien pronto logró desembarazarse del grupo obregonista más intransigente y reunir a los suyos en una nueva estructura que tomaría el nombre de Partido Nacional Revolucionario (PNR). En cuanto a la Iglesia católica, pronto se le encontraría una solución más o menos aceptable a las causas de sus

inconformidades y quebrantos, mientras que los cristeros quedarían sin su principal respaldo, dándose por derrotados después de años de actividad bélica. Si la acción criminal de Toral trajo consigo el fin del caudillismo con la desaparición física del presidente electo, la imposición de castigos a él y a otras personas como *únicas* responsables punibles del asesinato hizo más simple la solución de los problemas que resultaron del choque de personajes y poderes fácticos. De esta manera, el panorama se aclaró y los principales actores políticos encontraron el terreno para resolver algunas de sus diferencias, pero la Iglesia católica se mantuvo activa en la defensa de sus intereses, utilizando cada vez que fue necesario a los laicos como instrumentos de ataque y defensa.

Fuentes consultadas

Archivos

Archivo familiar de Antonio Díaz Soto y Gama.

Archivo General de la Nación (AGN), Fondo Reservado Caso Toral, 2 ts.

Archivos Plutarco Elías Calles-Fernando Torreblanca (APEC-FT), Fondo Álvaro Obregón.

Bibliografía

Alessio Robles, Miguel

1942 “Las ejecuciones del padre Pro, de su hermano Humberto, del Ing. Segura Vilchis y Juan Tirado”, en *Novedades*, Suplemento dominical, 1° de marzo.

1950a “El Asesinato del General Obregón”, en *El Universal*, 6 de noviembre [con un comentario de un escolta de Obregón al final].

1950b “Obregón, un estorbo”, en *El Universal*, 12 de noviembre.

Castro, Pedro

2002 *Soto y Gama: genio y figura*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 171 pp.

Correa, Eduardo J.

1953 *Dos biografías: mons. Miguel M. de la Mora y mons. J. de Jesús López*, s. e., México, 220 pp.

1956 “Obregón y Toral”, en *El Universal*, 15 de noviembre.

Flores-Sánchez, H.

1956 “Cómo conoció Morones a la madre Conchita”, en *El Universal*, 2 de noviembre.

- González, Fernando M.
 2001 *Matar y morir por Cristo Rey. Aspectos de la Cristiada*, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, 347 pp.
- León, Luis L.
 1987 *Crónica del poder: en los recuerdos de un político en el México Revolucionario*, Fondo de Cultura Económica, México.
- López Ortega, J. Antonio
 1944 *Las naciones extranjeras y la persecución religiosa*, panfleto-libro sin nombre de editorial, con prólogo de Miguel Palomar y Vizcarra, fechado el 29 de octubre de 1944, "festividad de Cristo Rey", 136 pp.
- Manjarrez, Froylán C.
 1930 *La Jornada Institucional. Parte primera: la crisis de la política*, Talleres Gráficos/Diario Oficial, México, 367 pp.
- Meyer, Jean
 2000 *La Cristiada*, vol. 3, *Los cristeros*, Siglo XXI Editores, México, 238 pp.
- Morones, Luis
 1956a "Aclaraciones a Romandía: el discurso que pronuncié el 30 de abril de 1928 en el Teatro Hidalgo. Para nada se hizo referencia al general Obregón", en *El Universal*, 11 de noviembre.
 1956b "Respuesta a Romandía", en *El Universal*, 18 de agosto.
 1956c "Respuesta a Romandía", en *El Universal*, 21 de agosto.
 1956d "Respuesta a Romandía", en *El Universal*, 22 de agosto.
 1956e "Respuesta a Romandía", en *El Universal*, 2 de septiembre.
- Portes Gil, Emilio
 1941 *Quince años de política mexicana*, Ediciones Botas, México, 295 pp.
- Quintana, Valente
 1956 "Respuesta a un ataque (II): Morones creó la Gestapo Mexicana", en *El Universal*, 11 de septiembre.
- Quiroz Cuarón, Alfonso y Samuel Máynez Puente
 1965 *Psicoanálisis del magnicidio*, Editorial Jurídica Mexicana, México, 345 pp.
- Ríos Zertuche, Antonio
 1963a "La muerte del General Obregón", en *El Universal*, I, 29 de julio.
 1963b "La muerte del General Obregón", en *El Universal*, V, 2 de agosto.
- Robleto, Hernán
 1935 *Obregón, Toral y la madre Conchita*, Ediciones Botas, México, 476 pp.
- Romandía Ferreira, A.
 1956a "Luis Morones, olvidadizo; De la Flor, acomodaticio", en *El Universal*, 4 de julio.

- 1956b “Falsedades de Morones”, en *El Universal*, 18 de septiembre.
- Treviño, Ricardo
1974 *Frente al ideal: mis memorias*, Ediciones de la Casa del Obrero Mundial, México, 89 pp.
- Valadés, José C.
s. f. “2 veces intentó Calles rebelarse contra Obregón”, recorte sin nota de procedencia, del Archivo de Antonio Díaz Soto y Gama.
- Wilkie, James W. y Edna Monzón de Wilkie
1969 *México visto en el siglo XX: entrevistas de historia oral*, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, México, 764 pp.
- Zabludovsky, Jacobo
1973 *En el aire: las 25 más célebres entrevistas de...* México, Organización Editorial Novaro, México, 286 pp.

Periódicos

El Universal, México

La Prensa, México

The World, Nueva York